

La huella del tigre



“¡Es usted un berraco! Ya verá que vamos a tener buenos asuntos”, soltó el colombiano Juan Diego Espinoza Ramírez, *el Tigre*, acusado de ser el principal proveedor de cocaína y metanfetaminas del cártel de Milenio, la organización de los Valencia. Caminaba al lado de un narcotraficante mexicano en la plaza comercial Isla Dorada de Cancún. Al terminar de hablar puso una mano en el hombro de su acompañante, quien posteriormente se convirtió en el testigo protegido “Alonso”.

“Estamos interesados en que jales con nosotros, que te hagas cargo de la logística para recibir los embarques de coca que llegan de Colombia a Cancún, Tijuana y Puerto Peñasco”, remató Juan Diego.

El encuentro se dio el 5 de marzo de 2005 en el puerto turístico más importante de Quintana Roo. “Alonso” proporcionó a la PGR indicios del modo de operar de la organización criminal de Sandra Beltrán Ávila, *la Reina del Pacífico*, pareja sentimental del *Tigre*, y de cómo algunos comandantes de la SIEDO colaboraban con la vigilancia de los embarques de cocaína que llegaban desde Colombia. Los oficiales cooperaban para que todo el cargamento arribara, literalmente, a buen puerto.

La Reina del Pacífico y *el Tigre* fueron detenidos en septiembre de 2007, acusados de ser los principales enlaces entre los cárteles mexicanos y las organizaciones cri-

minales colombianas para el tráfico de cocaína. Datos de inteligencia de la Secretaría de Seguridad Pública federal, entregados ese año a la prensa, aseguran que Beltrán Ávila forma parte de una familia dedicada al narcotráfico. Su tío abuelo, Juan José Quintero Payán, fue extraditado en enero del mismo 2007 a Estados Unidos, junto con otros 14 narcotraficantes. *El Tigre* fue entregado a las autoridades estadounidenses en diciembre de 2008, como parte de un proceso de extradición. Sandra Beltrán Ávila permanece en el Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla.

El 2 de septiembre de 2005 “Alonso” desveló el círculo de corrupción entre funcionarios federales y estatales con la organización de *la Reina del Pacífico* y su novio *el Tigre*. Los diálogos que desenmascararon la infiltración entre mandos de la SIEDO fluyen en la narración del ex narcotraficante convertido en testigo protegido: “El 5 de marzo de 2005, me encontraba en la entrada del acuario de la plaza comercial Isla Dorada de Cancún, donde conocí a un sujeto de nacionalidad colombiana que le apodaban *el Tigre*, que llegó acompañado de cuatro sujetos (todos originarios de Colombia). Dos de ellos me reconocieron y se acercaron a saludarme”.

—¿Cómo le va, hermano? ¿Qué hace usted por aquí?
—preguntó uno de los acompañantes del narcotraficante.

—¿Ustedes lo conocen? —interrogó Espinoza Ramírez a sus acompañantes, los hermanos Trujillo. Los colombianos operaban la venta y el tráfico de drogas desde el corazón del Distrito Federal.

Jorge Trujillo, uno de los compinches de Espinoza Ramírez, sonrió al mexicano y tranquilizó a su jefe:

—Es gente de confianza.

Antes habían cerrado negocios de compra de efedrina y cocaína en una *suite*, convertida en oficina, del hotel Marco Polo, en la Zona Rosa de la ciudad de México.

Algunos comandantes de la PGR acudían puntualmente cada mes a la *suite* del *Tigre* para cobrar renta, una cuota para dejar que los mafiosos colombianos operaran libremente en el Distrito Federal y en Cancún. “Alonso” dio nombres, apellidos y apodos de dos federales que a mediados de la década del 2000 protegían los intereses del narcotráfico: el comandante Librado y el comandante Toño, alias *Capulina*, quien posteriormente fue identificado como Antonio Mejía Robles, de 41 años.

La ficha de Mejía Robles, *el Capulina*, daba cuenta de su largo historial en la estructura de la PGR, en el área de combate a la delincuencia organizada. En 2001 tenía a su cargo la dirección general adjunta en la Policía Judicial Federal, que posteriormente se transformó en la Agencia Federal de Investigación. Ahora se encuentra preso en el penal de máxima seguridad de Occidente, acusado de colaborar con los cárteles de la droga.

Como pruebas de su encuentro con Espinoza Ramírez y los hermanos Trujillo, el testigo “Alonso” presentó algunas fotografías de la plaza comercial de Cancún y datos de su estancia en el hotel Camino Real, “donde me hospedé cuando viajé para la entrevista que tuve con *el Tigre*”.

Ante los federales, relató cómo operaba la organización de *la Reina del Pacífico* en aquella *suite* de un hotel

de la Zona Rosa y cómo algunos mandos federales acudían por sus mensualidades. Los federales corruptos formaban parte de la estructura de la PGR encargada de investigar a los grupos criminales y tenían sus oficinas en un área de seguridad del quinto piso de la SIEDO.

“Al comandante Toño lo vi en una ocasión a finales de 2002 en una *suite* del hotel Marco Polo de la Zona Rosa, que diversos colombianos, entre ellos los hermanos Trujillo, usaban como oficina. Me encontraba en ese lugar haciendo negocios de compraventa de efedrina y cocaína con Jorge Trujillo. Entonces vi cuando Jorge Trujillo sacaba dólares de un cajón y los metía en un sobre color manila.”

En esa ocasión, Trujillo interrumpió su charla con “Alonso”. Se levantó de una mesa que le servía de escritorio y saludó al comandante Mejía Robles, *el Capulina*, para luego entregarle el sobre lleno de dólares. El federal lo tomó de prisa y de la misma forma salió de la habitación. “Es un comandante que tengo comprado. Trabaja para nosotros. Nos da protección en los cargamentos que llegan por Pachuca y da protección a esta oficina”, presumió el colombiano.

El testigo protegido dijo que estaba seguro de la identidad del comandante Antonio Mejía Robles porque lo había visto en dos ocasiones, una en las oficinas de la SIEDO y otra en la cárcel, el Reclusorio Sur de la ciudad de México, al que acudió para hacer una visita. Algunos agentes corruptos acudían a la prisión a cerrar tratos de compra de drogas, con un contacto del cártel de Sinaloa que operaba desde las entrañas del sistema penitenciario. “Era la

misma persona que me había presentado *el Compa*, al que le decían *el Güero* Gil, quien se encontraba recluido en el dormitorio nueve... Me lo presentaron como el comandante que los estaba ayudando para transportar y proteger droga proveniente de Colombia. Me encontraba en la celda del *Güero* Gil, porque estaba realizando un jale [compra] de cocaína”, narró “Alonso”.

En la celda nueve, *el Güero* Gil, un ex policía de Texas identificado por la PGR como integrante de la célula del cártel de los hermanos Beltrán Leyva, y el comandante Antonio Mejía Robles hablaban, se jactaban del *modus operandi* para la llegada de cargamentos de cocaína en la ruta Colombia-Quintana Roo: utilizaban la infraestructura de la PGR para proteger la carga. Estos embarques llegaban a Cancún, a una casa que tenía asegurada la PGR en el fraccionamiento Isla Dorada, un inmueble confiscado por el gobierno federal, que al mismo tiempo era utilizado para actividades criminales. Se trataba de un lugar seguro para los narcotraficantes que habían comprado al que llamaban *el Capulina*. El 7 de diciembre de 1998, la PGR dio a conocer una serie de predios e inmuebles asegurados al crimen organizado en Cancún, entre ellos la casa número 29 del conjunto residencial Isla Dorada, mencionada por el testigo protegido. Con ese cruce de datos, los fiscales federales le dieron credibilidad al testimonio de “Alonso”.

El Güero Gil, el comandante Mejía Robles y “Alonso” platicaron de la logística y el cuidado de los cargamentos de cocaína. Los federales escucharon las quejas del narco preso, que operaba el trasiego desde el Reclusorio Sur: desde el Distrito Federal estaban enviando mucha super-

visión a Cancún y había que soltar cifras cada vez más altas a los federales. “Les tenemos que dar más dinero para que nos dejen seguir jalando sin tantos pedos”, se lamentó *el Güero* Gil.

Después de la primera declaración, en la que vinculó a los comandantes Librado y Mejía Robles, alias *el Capulina*, el testigo protegido “Alonso” volvió a colaborar con la PGR. El 25 de marzo de 2006 señaló a Fernando Rivera Hernández, coordinador de Inteligencia de la SIEDO, como parte de la red de protección del cártel encabezado por Sandra Beltrán Ávila, *la Reina del Pacífico*.

“Hay una tercera persona involucrada de apellidos Rivera Hernández. Lo identifiqué junto con las otras dos personas [Librado y Antonio Mejía Robles] cuando fui trasladado a las oficinas de la PGR, ubicadas en Paseo de la Reforma, cerca del metro Hidalgo.” “Alonso” explicó a los agentes del Ministerio Público Federal que vio a los federales el 8 de octubre de 2003. “Unos colombianos de nombres Juan Diego y Páramo me lo presentaron a finales de 2002, en el Reclusorio Sur. Estas personas estaban presas porque trabajaban para el cártel del Milenio, de los Valencia.”

“Alonso” recordó una cita de negocios y diversión con los narcos colombianos Juan Diego Espinoza Ramírez, *el Tigre*, Páramo, Jairo y Armando en el *table dance* Lord Jones, ubicado en la Zona Rosa. Rivera Hernández se encontraba en la misma mesa de los mafiosos. Jairo hizo las presentaciones de su amigo el comandante federal: “Es un berraco, camarada, buen cabrón, como dicen en México. Siempre anda pilas, siempre listo, nos mantiene al tanto

de cualquier vaina o asunto en contra de nosotros. Trabaja en la PGR y nos da información de los operativos”.

Rivera Hernández conversó y compartió tragos con “Alonso”. Los federales hablaron de sus negocios con la mafia. El comandante terminó la fiesta con la confesión de que también hacía “trabajitos” para el narcotraficante Ismael *el Mayo* Zambada y cómo ocultaba las ganancias de los pagos de la mafia.

—Mire, cabrón, no soy pendejo. Todo lo que he empezado a hacer en el tiempo que llevo en la PGR, lo he puesto a nombre de mis familiares y amigos de confianza, por si algún día me carga la verga. No hay nada a mi nombre. Me investigarán y no encontrarán nada a mi nombre. Si me mandan a la chingada, tendré que resolver porque tengo gustos caros. A mi familia le he dado un modo de vida bastante caro. Yo tengo gustos caros, como correr autos tubulares; además me gusta el pedo, las viejas, y le he dado gustos a mi vieja y mis hijos; una de mis hijas salió muy deportista y hace triatlón.

—Aproveche, comandante. Esos puestos son prestados —punzó “Alonso”.

—No hay pedo, hasta que dure la fiesta —sonrió Rivera Hernández y chocó su vaso con el de “Alonso”.

